



LA LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO Y LA IDEA DEL SUJETO POLÍTICO

Según Marcuse, el proceso hacia algo nuevo se expresaría en el rechazo a participar en la productividad destructiva que se manifiesta en el movimiento feminista, en el movimiento estudiantil, en los movimientos cívicos, en la lucha de las “minorías” étnicas, en los marginados y excluidos del “tercer mundo”.

La historia de las luchas en América Latina y en el mundo, ha estado marcada particularmente por la lucha hacia el reconocimiento y en palabras de Habermas de la “reafirmación colectiva” (1997) que ha sido, por años, negada por la “coerción” de las mayorías, aquellas que tienen el poder y que han sido privilegiadas en todo escenario social no por su coherencia y pertinencia en su accionar sino por su habilidad de dominio y manipulación grupal, aquí entonces la reciprocidad pierde sentido ubicando así a las llamadas minorías (población vulnerable) en un lugar marginado, que las desconoce y deslegitima.

De acuerdo con lo anterior, entonces todo lo que es reconocido socialmente está ligado al conformismo y al sometimiento de los demás, aquellos que aún reclaman el derecho a la dignidad y la integridad; en pocas palabras, al respeto “por todas aquellas formas de acción, prácticas, variedades de concepciones del mundo las cuales gozan de un alto aprecio entre los miembros de grupos discriminados o con las cuales estos se sienten estrechamente vinculados (...) las mujeres, los asiático-americanos, los afroamericanos, los indígenas americanos y otros grupos” (Gutman, citado en Habermas, 1997, p.27).

Resulta paradójico considerarlo así, pero el control expresado en las prácticas de los grupos armados tiene algunas similitudes con la exclusión social que ejerce poder, controla los comportamientos y de paso termina colocando en una situación de desventaja social a las víctimas del conflicto armado, quienes en general, han demostrado una gran dignidad como sobrevivientes de la histórica confrontación que ha tenido que soportar a lo largo de 70 años. Grupos como el de las víctimas del conflicto armado que en Colombia han estado sumergidas en el silencio y el olvido, desestimadas por la historia oficial; aquella que narra hechos victimizantes que marcaron la vida de los pobladores en determinadas partes del territorio pero que aún no concibe otros escenarios como muchas localidades y regiones que fueron marcadas por muchos años por la presencia de grupos al margen de la ley como es el caso del municipio de Tibacuy en la región de Sumapaz.

Es una historia que privilegia sentimientos y miradas generalizadas, aquellas que son “protagonizadas” por diversos medios; entre ellos, los medios de comunicación masiva, que visibilizan unas partes de la historia, pero paralelamente invisibilizan y ocultan otras; aquellas que involucran por ejemplo a las víctimas del conflicto en Tibacuy cuya historia se construye en medio de la incertidumbre, la desconfianza y el miedo. Se pueden aventurar algunas hipótesis acerca de este desconocimiento; por ejemplo, que su cercanía a Bogotá hizo que de forma intencionada no se quisiera decir que ya la guerrilla estaba cerca del gran centro político – administrativo de la nación. También se puede considerar que un municipio de sexta categoría con una población que

ronda en los 20 mil habitantes no es significativo, o que por considerarse como un accionar aislado por parte de los grupos armados, no resultan visibles en la cartografía del conflicto armado.

Lo cierto es que en la lectura local son pérdidas reales de personas reales, de comunidades que luchan por un reconocimiento como sujetos de derechos, que merecen un espacio en el escenario político y que buscan en medio del dolor una oportunidad para crecer en colectivo. En palabras de Honneth, enmarcadas en la Teoría social de Reconocimiento, se advierte que “si la teoría analiza únicamente aquellas experiencias que han sido capaces de llamar la atención de los medios de comunicación de masas, puede dejar sin tematizar situaciones socialmente injustas que no han ganado espacio en la opinión pública y que se mantienen desconocidas, justamente, porque sus actores permanecen invisibilizados”. (2006. p. 93). En este sentido la situación de la víctima representa una articulación entre el sentimiento generalizado de injusticia y la acción individual. Esto a pesar de que en Tibacuy el accionar de la guerrilla afectó de manera integral a toda la población. Cabe recordar aquellos momentos en los que, en palabras de Lida Delgado, se citaba a reunión puerta a puerta, se llamaba a lista, se impartían directrices orientadas a ejercer un control colectivo, acciones que denotan que fue todo un Municipio el que se vio golpeado y relegado por las distintas imposiciones por parte del frente que operaba en el territorio.

Reparación, justicia y verdad: acciones que se concretan en la reciente política de Ley de Víctimas (2011) y que anhelan con esperanza quienes demandan una pronta respuesta a pesar de que el silencio permanente y la expectativa en el cumplimiento de la normatividad se desvanezca como resultado de una pieza suelta que es vital para armar el rompecabezas de lo que ha sido la violencia del conflicto armado en Colombia, la de la historia del conflicto local; esa que se opaca y pierde relevancia por aquellas historias que prevalecen, que son escuchadas, que se narran y que son seleccionadas bajo criterios que aún se desconocen. Hablar del conflicto en Colombia exige ampliar el horizonte, trasladarse y descubrir otras realidades, compromete en palabras de Honneth “el reconocer la existencia de un conflicto, una tensión y una inconformidad...” que marcaron la vida, para el caso del municipio de Tibacuy de un aproximado de 1 027 personas, integrantes de familias que vieron profundamente transformadas sus vidas; un pasado que dejó muertes, desplazamientos, desapariciones, violaciones; un dolor que prevalece en la mente y en el corazón de los habitantes, y más en aquellos que fueron directamente vulnerados.

El sufrimiento puesto en la escena social, debe ser una recompensa de la lucha por la indiferencia e incluso de la estigmatización y el prejuicio a los que han sido sometidos, víctimas que reclaman sus derechos y que en diversas situaciones se sienten

rechazados hasta por su propia comunidad; “mendigan del Estado” es una de las expresiones que se construyen y que se condicionan a una lectura única y sesgada de la realidad. Son representaciones sociales del conflicto armado, que distorsionan y que condenan, que ocultan el dolor y callan la verdad; en su funcionamiento las representaciones sociales activan entre otros un principio de referencia semántico y cognitivo que permite la comprensión mutua entre las personas, pero que puede bloquear la comunicación entre los grupos muy alejados en el plano simbólico.

Es una forma de saber común” (Prevert, et al., 2012). Bloqueo que ubica en el mismo contexto a comunidades que compartieron por años una misma historia pero que el conflicto dividió hasta el punto de convertir en enemigos a aquellos que alguna vez formaron parte la misma familia. Cabe considerar en términos comunicativos, que el sentir por lo sucedido no circuló lo suficiente, se quedó habitando el sentimiento de doña Ana, o de Héctor, lo que ha dificultado de manera muy fuerte la posibilidad de elaborar la tragedia vivida en aquellos aciagos momentos.

LA COMUNICACIÓN MEDIA HACIA EL RECONOCIMIENTO SOCIAL DEL CONFLICTO

A través del tiempo varios autores han cuestionado el papel relevante que los medios de comunicación han desempeñado en la construcción de historia, de sentidos, de representaciones; de su incidencia en el moldeamiento de los comportamientos, de la afectación de las percepciones que se elaboran acerca del mundo. Marcados por la línea consumista del capitalismo construyen discursos, diseñan imaginarios y definen estilos de vida, en resumidas palabras, fomentan ideales de cultura que la mayoría de las veces están condicionados por el poder político y económico.

Ideologías homogéneas que deslegitiman y niegan al otro; a ese sujeto político que requiere de espacios de diálogo, de encuentro, de reflexión; que debe ser reconocido desde la diferencia, desde su forma de actuar, desde su identidad, desde sus condiciones y circunstancias de vida; sin importar raza, procedencia o clase social; se trata de un sujeto político definido como “aquel agente o actor susceptible o capaz no solo de intervenir en el plano de lo político, sino también apto para gestarlo” (Velázquez, 2015, p. 86), pero a quien se le niega su participación en el plano político ya que desde lo cotidiano se le desvincula por la vehemente prevalencia de los discursos monopolizadores que privilegian la individualidad y el actuar de determinados actores promo-

tores de dinámicas sociales adversas, que aumentan la diferencia, la desigualdad, la injusticia e inequidad.

Es justo aquí, cuando se cuestiona el papel que la comunicación y los medios desempeñan en el constructo de esa sociedad incluyente y tan anhelada desprovista de injusticias y coherente con las necesidades e intereses sociales. Y se abre paso al interrogante sobre la forma en que estos medios técnicos tradicionales favorecen miradas universales del conflicto armado *¿Median realmente hacia el reconocimiento de sus repercusiones desde lo local? ¿Interviene aquí la comunicación en la construcción de las sociedades?*

Pareciera que no, pues da la sensación de que más que construir, terminan afirmando lo que el sistema proyecta, borrando de esta forma los matices que frente al conflicto armado se vislumbran en los comportamientos, las reflexiones y el accionar político de pequeñas poblaciones, que como es el caso de Tibacuy, se pararon en el lugar que su cultura, historia y territorio les sugirieron al oído. La mediación para el caso adquiere una connotación de intervención y más a partir de cómo la comunicación posibilita un lugar para la interacción y el acercamiento a otras realidades, y por ende al planteamiento de alternativas a la variedad de conflictos sociales, privilegiando así la construcción social pues abre las posibilidades de:

- Visualizar actores. Aportar a la legitimización de los actores invisibilizados, facilitar la toma de la palabra.
- Sensibilizar y motivar desde el valor del esfuerzo colectivo para el cambio social y trascender el pragmatismo.
- Construir y consolidar relaciones estratégicas entre sujetos e instituciones.
- Construir desde lo particular el sentido del desarrollo social con temas y actores articulados. El comunicador debe ser un tejedor. (Alfaro, citado en Bustamante, 2012, p. 7)

El colectivo de víctimas del conflicto armado en el municipio de Tibacuy empieza apenas, a reconocer el valor de abrir espacios de escucha y de habla como estrategia comunicativa para sensibilizar, fortalecer relaciones quebrantadas por la desconfianza; conocer la historia para no caer en su repetición y abrir espacio a la participación y la toma de decisiones políticas pertinentes, porque solo el que conoce su historia es capaz de definir su propia ruta y gestionar acciones que le ayuden a la recomposición del tejido social. “En ese sentido, el protagonismo en ese proceso también es una cuestión de legitimación de los actores y saberes socialmente habilitados para protagonizar” (Bustamante, 2012, p. 6).

Se media desde diversos lugares, a partir de la investigación, que precisó en los relatos de vida y las entrevistas colectivas como una oportunidad para narrar y conocer las experiencias emergentes de la violencia local protagonizada por los grupos ilegales, se trata de dar un paso para legitimar a las víctimas que por muchos años habían quedado relegadas al olvido. En palabras de Habermas (Citado en Domínguez, 2013, p. 311): “Legitimidad significa el hecho del merecimiento de reconocimiento por parte de un orden político” y aquí la comunicación es clave para la comprensión y el entendimiento entre sujetos sociales que vivieron el dolor y de los que tan solo fueron testigos; se trata de estrechar vínculos que fueron fragmentados, de llegar a una comprensión recíproca, de identificar el dolor y buscar una estrategia para subsanarlo, de generar empatía y por ende el fortalecimiento del tejido social.”

“La meta del entendimiento, con Habermas, es acceder a un acuerdo que tiene como término una comunidad intersubjetiva de comprensión recíproca, de saber compartido, confianza mutua y coincidencia.” (Domínguez, 2013, p. 312). Desde esta perspectiva, el sentido del acuerdo en Tibacuy se encuentra íntimamente relacionado con la posibilidad de que transiten por todo el territorio esas diferentes verdades que se encuentran entañadas en cada persona, en cada hecho particular y por supuesto, en los sentimientos y emociones generados a partir de lo acontecido. Con ello queda claro que un acuerdo concebido para toda una población y para cientos de hechos relacionados con el conflicto armado, no representa un consenso carente de contradicciones, instrumentalizado y homogenizado. Es más, un espacio para compartir las verdades con otros, permitir que ese otro ingrese a cada subjetividad y ¿por qué no?, fracture las propias miradas y así lograr una cierta unidad de conocimiento que nos aproxime a una versión totalizadora, aunque, cabe reiterar, no carente de contradicciones.

RUTAS DEL PROCESO COMUNICATIVO QUE MEDIA

Ni siquiera el mejor explorador del mundo hace viajes tan largos como aquel hombre que desciende a las profundidades de su corazón”

-Julien Green

A partir del acercamiento con la comunidad del municipio de Tibacuy se puede establecer una ruta en dos sentidos claves para el proceso de comunicación; por un lado,

el reconocimiento del papel de la comunicación intrapersonal, propio del escenario íntimo de la víctima; el discurso que como individuos se construye desde la cotidianidad frente a sus experiencias y que es expuesto en contextos locales (red íntima); con diálogos internos de naturaleza psicológica, que se caracteriza por la autoconciencia y la interacción simbólica propia del hecho victimizante que marcó cada una de las historias; cabe anotar que esto sucede de manera distinta de acuerdo con cada uno de los hechos victimizantes; es más fácil procesar la información que surge frente a hechos como el desplazamiento forzoso que ante la desaparición o el homicidio, para cada situación se entablan interacciones simbólicas íntimas diversas en las que prevalecen emociones como el dolor, el rencor, la ira, la incertidumbre, la nostalgia e indignación; pero también la esperanza, especialmente para quienes aguardan la llegada de su hijo/a, hermano/a, padre, madre u otro integrante de la comunidad que desapareció y que a pesar del tiempo sigue allí en cada uno de los espacios por los que habitó. En ese sentido, prevalece una dicotomía entre el dolor y la esperanza implícito como una constante pues el anhelo del encuentro que se abre con la posibilidad de un nuevo día se diluye y se frustra al culminar ese día.

En otro sentido aparece el escenario colectivo activado desde la investigación, que a partir del encuentro entre actores internos y externos abre posibilidades, espacios como los grupos de discusión, las estrategias mediadas por la radio como el programa *Contando Hasta diez* y el *Festival de radio viva*; aquí la comunicación media a un acercamiento entre dos mundos: la academia (estudiantes, docentes, institucionalidad educativa) y por otro lado, las experiencias, las narrativas de las víctimas, que se sintieron reconocidas en un ejercicio dialógico y de interacción, lo que permitió la apertura hacia sus experiencias, sus percepciones, sus representaciones y sentires sobre el conflicto y su posterior escenario definido por el post-acuerdo. Aquí los líderes naturales de la comunidad juegan un rol esencial, toda vez que se convierten en aquellos seres anfibios que circulan aquí y allá, tejiendo hilos, creando vasos comunicantes entre los distintos escenarios, sean estos de orden académico, institucional, político y/o las comunidades de veredas y centros poblados.

La comunicación refirma lo colectivo, y pone en común una serie de experiencias individuales que se consideraban desligadas de su propia historia, y es aquí cuando se incorporan otras miradas, y se da espacio al acto comunicativo privilegiado por la escucha y la puesta en común de narraciones de las que emergen el mismo dolor y en ese orden los diálogos internos se exteriorizan para darle sentido y razón para que lo ocurrido se conecte con otras realidades, con su propio existir, con sus vivencias psicológicas, con sus ideas de comprensión y de entendimiento.

Al hablar de comunicación necesariamente se piensa en un sistema abierto y dinámico, que esquemáticamente se puede pensar como un movimiento que va del individuo al colectivo, para, finalmente regresar al individuo, con la disposición para complejizar y comprender su circunstancia en clave de lo colectivo. No se pueden considerar componentes, resulta estratégico verlo como proceso, que se resuelve en la integralidad del ejercicio comunicativo.

En este sentido la ruta de inicio y el mismo recorrido pueden variar con el carácter y el estado de cada comunidad violentada y/o, cada víctima. Es algo así como una ruta en espiral que progresivamente va complejizándose, evolucionando a posturas de mayor integralidad y consenso. Obviamente ello implica un sistema de reglas implícito que se convierte en un escenario regulador del proceso comunicativo. Ello permite ubicar los niveles soportables de disenso, los lugares de acuerdo imprescindible y la posibilidad de garantizar la evolución del ejercicio comunicativo.

Así la comunicación fluye, pues es más fácil contar cuando se ha construido cierto grado de identidad con el otro; y hay un cambio de roles y de categorías desde lo emocional y lo comprensivo. Las historias empiezan a tener cierta afinidad; ya no se trata de mi dolor sino de un conflicto histórico influenciado por condiciones geográficas, como que Tibacuy es un corredor estratégico, que favorece la presencia de los grupos ilegales; se comienzan a entender los hechos a partir de lo que vivieron otros, y el evento deja de ser único, y pasa a una comprensión colectiva en las que se reconocen otras implicaciones mayores, incluso más allá del dolor.

El Festival de Radio Viva, por ejemplo, propicia la complicidad de un espacio comunicativo donde convergen intereses comunes; las de una audiencia motivada por el deseo de conocer la historia del conflicto armado en esta región del país, en la voces de sus protagonistas; una experiencia para algunos nueva para otros se convierte en la activación de relatos y recuerdos que permiten activar la memoria y garantizar la vigencia del conflicto como un escenario constructor de la diversidad, de la complejidad y de la colectividad.

Algo de resaltar en ese sentido es la capacidad resiliente que han tenido algunas de las víctimas del conflicto, que a pesar de la indiferencia, propia del silencio institucionalizado, que cuestiona, y muchas veces genera sentimientos de rechazo; permite el desarrollo social con la finalidad de seguir adelante y buscar otras salidas como estrategia para disminuir el dolor presente en la memoria, es esa capacidad humana que se beneficia del aprovechamiento de otros espacios de crecimiento y que se ha visto reflejado en algunos casos como el de Lida Delgado y Omar Larios, o el de Marinela, quienes han liderado propuestas sociales, amparados en la creencia de seguir cons-

truyendo una Tibacuy pujante y de la mano con la comunidad, que puede surgir del pasado a pesar de la desconfianza y que solo necesita fortalecer los lazos para entramar una nueva historia.

En eso anda el Tibacuy de hoy, organizándose desde grupos de víctimas que se piensan un nuevo territorio, este anclado a propuestas actuales, relacionadas con el cuidado del medio ambiente, con la intención de vivir de lo inefable del territorio, sus hermosas vistas, sus monumentales alturas, el cerro del Quininí, testigo de la gesta Panche, que lucho con todas sus fuerzas por no ser esclavizada en las manos de las prácticas de colonización.

Una nueva hibridación resuelta en términos creativos, neocampesinos que viene a poblar el territorio con sus maneras de gestionar el mundo, neocitadinos que han poblado sus bucólicas imágenes del pasado con proyectos del buen vivir, del bienestar, del avance hacia la sostenibilidad y la autorregulación como territorio.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los estudios culturales configuran un escenario plausible para la construcción de conocimientos locales. Su apuesta transdisciplinar y contradisciplinar favorece puntos de encuentros entre la academia, representada en este caso por la UNAD, y la comunidad, que, a través de sus distintos actores, pueden emprender transformaciones que favorezcan el tejido social, la productividad, y dé sentido a la identidad tibacuyense. La participación de docentes y estudiantes del IETAC, y también de padres y abuelos de familia son muestra de ello. Cuando se visibilizan los productos elaborados por los estudiantes, dimensiona al sujeto que se expone, y esa exposición es, de alguna manera, un desafío que tiene el municipio para emerger en muchos de los aspectos de su vida.

Es perentorio trazar una ruta de creación y producción intelectual para la visibilización del municipio en sus distintos aspectos. Su apasionante historia de resistencia panche, la mirada ancestral que aún se recrea en la conversación de los campesinos, el misticismo de sus cerros, las memorias que piden ser reales tanto aquellas imperceptibles pero que determinaron la vida que hoy vive Tibacuy, como la intervención de sus montañas que golpeó gravemente nacederos de agua y especies nativas, el conflicto armado y sus heridas que calladamente no sanan.

En términos prácticos, para la universidad, se trata de trabajar con la comunidad, particularmente las víctimas, en la definición de distintos procesos que les permitan mejorar, entre otras, su capacidad asociativa, productiva y creativa. El acompañamiento de la universidad al Colegio de Calandaima donde hoy se forman herederos de aquella violencia guerrillera, que en tiempos de pandemia funcionó a través de la red WhatsApp, permitió que los chicos fueran más expositivos, mostraran sus referentes del territorio, incursionaran tímidamente en la memoria del conflicto, y también en las prácticas orgánicas que hacían sus abuelos. Esto muestra que es posible construir escenarios de articulación con motivos como los propuestos por el proyecto de investigación del grupo Fisura de la UNAD, y para ello es necesario hacer más presencia y entablar más diálogo con las fuerzas vivas de la región, parafraseando al Dr. Ramón Martínez.

DESPLAZAMIENTO

El desplazamiento en el municipio dejó heridas en los supervivientes. La desconfianza y el resentimiento son las más profundas y son a la vez impedimento para recomponer el tejido social del municipio que, si bien tiene una vida normal de pueblo, en los diálogos se escucha la voz de la injusticia. Y este hecho es también una barrera para que se logren asociar con propósitos determinantes, y a sabiendas que es condición para recibir apoyos externos, estos se ven disminuidos al no lograr la esperada unión. Así, tejerse en confianza es un reto, y para ello, la comunicación tiene aportes claves cuando se plantea estratégicamente; contando con la transformación que protagonizaron algunas de estas víctimas por desplazamiento, se muestra que cuando se maneja con claridad los propósitos y se trabaja con determinación, la confianza va volviendo. Pero allí el Estado tiene aún tareas que hasta el momento son sordas, pues no tienen el eco de la necesidad pero que se reclaman para aprender a superar duelos y lograr apoyarse mancomunadamente. Es notoria también la necesidad de aplicar una justicia real, donde quienes fueron desplazados sientan que se les restituye sus derechos, pero esto solo llega a ser posible, cuando en conciencia las víctimas se transforman en sujetos políticamente activos y diligentes. Una tarea más en formación que puede abordar la universidad.

El destino del proceso de paz en los territorios invisibles de los que se ha venido hablando evoluciona después de las frivolidades del post-acuerdo. El por – venir descansa en los hombros de los actores locales; lo que hace visible cierta indignidad, cierto desencanto, cierta incompetencia por parte de algunos de los grandes actores insti-

tucionales con competencias directas o indirectas en el tema. Se han quedado cortos, han logrado algunos avances sectorizados e insuficientes, no han conseguido superar el conflicto e imponerse a las diferencias ancladas en la politización de los dictámenes y actuaciones.

Consecuencia de ello, el tiempo ha venido actuando como un tamiz en el que ha logrado imponerse un deseo vehemente de verdad, antes que reparación económica. La dignidad de los pueblos está en la posibilidad de conocer sus verdades para poder gestionarlas y así vincularlas a su ser histórico.

Es un camino recurrente en el que muchos actores llegan en un principio, se dicen muchas cosas, se prometen otras tantas, se crea legislación, se prometen partidas económicas, asesoramiento y muchas cosas más; pero poco a poco, estación a estación, el bus del conflicto armado se va desocupando y al final solo quedan aquellos que tienen claro cuál era su destino.

Las víctimas con su dolor, con su necesidad de elaboración, con la inquebrantable disposición a crecer en el sufrimiento se hacen actores ejemplares, resisten, se mantienen y terminan incorporando su constancia para mantener vigente el tema, en una especie de proyecto de persistencia y de constancia. Las personerías los acompañan en su intención, para ellas el vínculo con la mesa de víctimas resulta ser una función que ha venido ganando terreno en lo que se refiere a su competencia como representante y defensor de derechos fundamentales.

Cada hecho victimizante representa una circunstancia única y una lógica propia. La desaparición forzada genera un impacto característico en el círculo inmediato de familiares y amigos de la persona desaparecida. Decía el padre de un joven desaparecido, que se ha imaginado 1 027 muertes distintas para su hijo, por cada una de las noches en que no ha dormido en casa. No hay duelo, no hay muerte, pero tampoco hay alguna garantía de que el ser querido vuelva a ser parte de ese círculo del afecto de la familia y de las personas con las cuales tiene un vínculo afectivo.

Igual se genera ruptura y aislamiento en lo que se refiere al escenario social y comunicativo. Ello obedece a algunas razones, entre las que se pueden mencionar la necesidad de guardar silencio para cuidar a la víctima y no someterla a retaliaciones por hablar de más. El vínculo con la escena social también se ve afectado pues se está viviendo una experiencia inenarrable y, por ende, desvinculada del acto comunicativo, fundamental para construir vínculo social y/o red de apoyo.

FRENTE AL HOMICIDIO

El homicidio como hecho victimizante es una de las tragedias humanas más difíciles y complejas de superar, más cuando ha sido el resultado de una vulneración a todo tipo de derechos fundamentales: a la integridad, a la dignidad y a la vida misma; un dolor constante que transita en la mente y el corazón de familiares, amigos y allegados quienes ven pasar el tiempo sin encontrar respuestas a la búsqueda de verdad y de justicia. El clamor se convierte así en otra forma de morir, aquella persona que en vida reclama justicia y el derecho a conocer las razones y explicaciones, aunque no resulten válidas, del por qué asesinar y borrar de la escena social a líderes que tan solo luchaban por la defensa de los derechos de los otros, de su misma comunidad; esos que alguna vez fueron mediadores, que intervinieron y fueron protagonistas de decisiones claves para el desarrollo de su municipio. Resiliencia como la capacidad de superar el dolor, pero no eliminarlo del alma, es la actitud asumida por mujeres como doña Ana, Virginia, además de un sinnúmero de víctimas que no solo en Tibacuy sino en todo el país, han tenido que asumir para seguir adelante y tener las fuerzas necesarias para adaptarse a lo cotidiano, con la esperanza de una Tibacuy que logre entrelazar esos lazos que alguna vez los unieron, los convocó alrededor de una cerveza, de un plato de comida. Un lugar donde el miedo y el temor no vuelvan a tocar sus puertas y la confianza en el otro resurja. Las voces en silencio que reclaman reparación y justicia nunca callarán estarán allí a la espera de ser escuchados, de ser reconocidos; solo así el perdón ocupará el lugar necesario para recuperar el sentido del comunitario clave para construir tejido social.

LA COMUNICACIÓN COMO MEDIACIÓN

Narrar, ser escuchado, reconocerse en sí y a partir del otro, son aspectos importantes que se retoman del papel relevante que la comunicación desempeñó en el proceso de construcción de memoria histórica y en el acercamiento propuesto a través de los relatos de vida, a una serie de experiencias vividas por las víctimas del conflicto en el municipio de Tibacuy; y aquí retomo las palabras de Marinela Rico, una mujer líder quien encuentra significativo el poner en escena las voces de aquellos que fueron testigos y víctimas del conflicto “...parte fundamental de la construcción de esta historia son los campesinos desde sus diferentes veredas, (...) Deben ser escuchados y tenidos en cuenta. Es importante que ellos tengan la posibilidad de contar su historia, ade-

más de reivindicar ese dolor y esas condiciones difíciles que marcaron sus vidas; esas situaciones que no han tenido la oportunidad de expresar seguramente por temor o porque no existen los espacios en los cuales se nos tenga en cuenta; entonces es importante buscar todas esas miradas, todas esas visiones, todo aquello que no ha sido contado (...), y sería una construcción de un país más plural de una manera más incluyente y más extensa de ver las cosas desde la misma región, y no desde lo que se ha venido recogiendo de manera general. Hay voces que no han sido escuchadas y esas voces también son importantes en este momento de la historia...” Ello indica que la comunicación a través de los espacios radiales como el *Festival de Radio Viva* y el programa radial contando hasta 10, de Radio UNAD Virtual, se privilegian al mediar para el reconocimiento y el entendimiento de la víctima, a la que se le estigmatiza y se le niega; a la que sin pensar se excluye de la historia oficial. Contar es el ejercicio liberador y ordenador del conflicto en la región pues hay puntos de encuentro, lugares comunes que permiten identificar historias y reconocerse en ese otro actor social, que hace a la víctima menos vulnerable. Se abre paso al reconocimiento de identidades colectivas, que incluyen, legitiman y validan la presencia de un sujeto político de derechos.

REFERENCIAS

Acnur, (2004). Balance de la política pública de prevención, protección y atención al desplazamiento interno forzado en Colombia, agosto 2002–agosto 2004, Bogotá, Acnur.

Bustamante, F. (2012), Comunicación e intervención, una reflexión desde las propias prácticas. [Artículo web] En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5253291>

Centro Nacional de Memoria Histórica (Colombia). (2014). Normas y dimensiones de la desaparición forzada en Colombia. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2016), Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia, CNMH, Bogotá.

Cornejo, M., Mendoza, F., y Rojas, R. (2008). Research with Life Stories: Clues and Options of the Methodological Design. *Psykhe* (Santiago), 17(1), 29-39. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>

Defensoría del Pueblo de Colombia, (2004). Políticas públicas y desplazamiento: una reflexión desde la experiencia, Bogotá, Defensoría del Pueblo, OIM, Usaid.

Domínguez, H. (2013). Democracia deliberativa en Jürgen Habermas. [Archivo PDF] En <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/5206395.pdf>

Gili, M. L. (2010). La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado. *Revista Tefros- Vol. 8*.

GMH. (2013). ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Bogotá, Imprenta Nacional.

Gobernación de Cundinamarca. (2016). *Diagnóstico población víctima del conflicto armado departamento de Cundinamarca - Plan de Desarrollo de Cundinamarca 2016 - 2019 "Unidos Podemos Más"*. Bogotá D.C.: Gobernación de Cundinamarca.

Grossberg, L. (2017) Stuart Hall: diez lecciones para los estudios culturales. En, *Intervenciones en estudios culturales*, vol. 3, núm. 4, 2017, Enero-Junio, pp. 25-37 Pontificia Universidad Javeriana. Colombia

Guadarrama, L. (agosto - septiembre de 2004). *Don Jackson Contribuciones para Pensar en la Interacción Televisiva desde la Familia*. Obtenido de Revista Razón y Palabra: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n40/lguadarrama.html>

Guglielmucci, A. (2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. *Revista de Estudios Sociales*(59), 83-97.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Barcelona: Crítica.

Kansteiner, W. (2007). Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva. *Revista de Pensamiento Contemporáneo*, N. 24, 31-43.

Klein, K. L. (2000). On the Emergence of Memory in Historical Discourse. *Representations*, No. 69, 127-150.

Naranjo, G. (2004). Ciudadanía y desplazamiento forzado en Colombia: una relación conflictiva interpretada desde la teoría del reconocimiento. *Estudios Políticos* No. 25, 137 - 160.

Pearce, W. B. (2002). Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: el pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. En D. F. Schnitman, *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad* (págs. 265-283). Buenos Aires: Paidós.

Política. (16 de julio de 2015). ¿Cómo se hace la exhumación de NN en los cementerios de Colombia?. El Tiempo. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16104297>

Prevert, Aline, Navarro Carrascal, Oscar, & Bogalska-Martin, Ewa. (2012). La discriminación social desde una perspectiva psicosociológica. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 4(1), 7-20. Recuperado em 16 de maio de 2022, de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2145-48922012000100002&lng=pt&lng=es.

Richard, N. (1998). Políticas de la memoria y técnicas de olvido En L. G. Arango, G. Restrepo y J. E. Jaramillo (eds.). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. En L. R. Arango, *Cultura, política y modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas.

Sauti (2014). *Espérame* [Grabado por J. Coy, & C. Cárdenas]. Bogotá, Colombia.

Villa, M. I. (2006). El miedo: Un eje Transversal del Éxodo y de la lucha por la ciudadanía. *Controversia, CINEP*, 11-45.

Waldman, M. (2006). La "cultura de la memoria": problemas y reflexiones. *Política y cultura*, (26), 11-34.

Worchel, S. C. (2002). *Psicología social*. México: Thomson Editores.

Zemelman, H. (2002). *Necesidad de conciencia, un modo de construir conocimiento*. Barcelona: Athropos.

Zemelman, H., & León, E. (1997). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos.